

EL ORIGEN DEL CONCEPTO HISTORIOGRÁFICO DE LA EDAD MEDIA OSCURA. LA LABOR DE PETRARCA

Eduardo Baura García

Resumen: La Edad Media es una época cuya mención suele traer aparejadas connotaciones despectivas. Aunque resulte sorprendente, hoy día este prejuicio historiográfico se encuentra lejos de desaparecer, y ello nos ha llevado a preguntarnos cómo y por qué nació este concepto de «Edad Media». El hecho de que sus creadores fueran los artistas y literatos del renacimiento italiano exige que dicha investigación sea realizada con una metodología de carácter netamente interdisciplinar, ya que ésta se adecua mejor a la diversidad de campos culturales y artísticos cultivados por los autores estudiados. El análisis de la labor de Petrarca en la creación de la idea y el concepto de «Edad Media» servirá como ejemplo de esta propuesta de investigación.

Palabras clave: Historiografía, Edad Media, Renacimiento, Petrarca.

THE ORIGIN OF THE HISTORIOGRAPHICAL CONCEPT OF THE DARK MIDDLE AGES. THE CONTRIBUTION OF PETRARCH

Abstract: The Middle Ages is an epoch whose only mention usually entails contemptuous connotations. Surprisingly, nowadays this historiographical prejudice does not seem to disappear, and this leads us to inquire about how and why this concept of «Middle Ages» was born. Its designers were the artists and writers of the Italian renaissance, and it demands this research to be accomplished with a entirely interdisciplinary methodology, that fits in properly with the diversity of cultural and artistic fields that are cultivated by the authors who are the object of this survey. The analysis of the contribution of Petrarch to the creation of the idea and the concept of «Middle Ages» will come in useful as an example of this research proposal.

Key words: Historiography, Middle Ages, Renaissance, Petrarch.

* Entregado: 30/11/2011. Aceptación definitiva: 21/02/2012

1. INTRODUCCIÓN

1.1. Justificación del tema

La Edad Media es sin duda el período histórico que más prejuicios, simplificaciones y generalizaciones ha merecido. Cuando se hace referencia a esta época, a menudo mediante el tan manido adjetivo «medieval», carente de significación alguna –¿el hombre «medieval» del siglo VI es el mismo que el hombre «medieval» del siglo XIII?¹ ¿Se puede englobar con el mismo término al «medieval» Carlomagno y al «medieval» santo Tomás?–, se hace siempre con una connotación claramente despectiva: lo medieval es sinónimo de incultura, irreflexión, violencia y atraso en todos los ámbitos.

Desde el final de los llamados siglos medievales, la única época en la que dicha visión negativa dejó de estar en boga se corresponde con la mitad del siglo XIX, gracias al redescubrimiento de lo medieval por medio del Romanticismo. Las novelas de Sir Walter Scott y los cuadros de Caspar David Friedrich entre otros presentan un melifluo Medievo caracterizado, en palabras de Giuseppe Sergi, por «torneos, la vida de corte, elfos y hadas, caballeros fieles y príncipes magnánimos»².

Esta ingenua y benigna imagen de la Edad Media, sin embargo, no prosperó debido a que coincidió en el tiempo con un recrudecimiento de la visión despectiva –tan generalizadora y exagerada como la concepción anterior–, por medio de autores tan renombrados como Jules Michelet y Jakob Burckhardt, grandes propagandistas del renacimiento italiano³. Estos estudiosos, en su empeño por ensalzar los logros de los artistas del *Quattrocento* y el *Cinquecento*, decidieron cargar las tintas contra el período inmediatamente anterior, esto es, la Edad Media, para así valorar más entusiásticamente si cabe las creaciones de unos hombres que, desde esa óptica, habrían logrado un renacer de la cultura partiendo de una situación de absoluta aridez en las artes y las letras.

¹ Para comprender el alcance de tal simplificación, resulta esclarecedor efectuar un símil con nuestra propia época: imaginemos que dentro de unos siglos se volviese a dividir la historia, y que a resultas de esta nueva periodización quedase abarcado en una misma época el tiempo transcurrido entre, por ejemplo, 1500 y 2500. ¿Nos parecería una división cronológica seria? ¿No tendríamos acaso la impresión, acertada sin duda, de que englobar tantos siglos, en los que ocurrieron tantos acontecimientos de toda índole, dentro de una misma época carece de sentido?

² SERGI, G., *La idea de Edad Media*, Crítica, Barcelona, 2001, pp. 22-23.

³ Se ha optado por utilizar esta formulación del término, en minúsculas y añadiendo el adjetivo «italiano», porque, tal y como se ha puesto de manifiesto desde hace décadas, el italiano no fue el único acontecimiento cultural de estas características: la existencia de los llamados renacimientos carolingio, ottoniano y del siglo XII hace, pues, aconsejable abandonar la tradicional expresión «Renacimiento» y optar por una más exenta de connotaciones ideológicas como la de «renacimiento italiano».

Esta propaganda favorable al renacimiento italiano y contraria al Medievo se instaló en la mentalidad europea desde entonces, hasta el punto de que, como es fácilmente comprobable, todavía hoy día se mantiene mayoritariamente incontestada. Y ello no sucede únicamente en los círculos más ajenos al conocimiento histórico: incluso personas que gozan de un alto nivel cultural se muestran firmemente convencidas de que la Edad Media fue una época que no produjo más que guerras, opresión –casi siempre representada por la oscurantista Iglesia– y barbarie por doquier. Así pues, esta nefasta imagen del Medievo es, en palabras de Rodríguez de la Peña, «un cadáver historiográfico que se resiste a morir»⁴.

Sin embargo, desde mediados del siglo XX algunos historiadores, conscientes de que la visión de la Edad Media no se correspondía en absoluto con lo que realmente sucedió en este milenio de la Historia, comenzaron a publicar estudios en los que, a la luz de sus investigaciones sobre este período, rebatían esa simplista crítica. En esa labor, que ha sido continuada durante los últimos decenios, destacan algunos nombres como los de Christopher Dawson, Jacques Le Goff, Régine Pernoud y Giuseppe Sergi⁵.

Por ello, consideramos que en esta temática el principal interés no reside tanto en continuar derribando la visión despectiva del Medievo, algo ya realizado y además con una notoria brillantez, sino en explicar de dónde procede dicha contaminación historiográfica: cómo se produjo, cuándo y dónde comenzó, así como cuál fue su desarrollo, quiénes fueron los principales autores implicados en esta labor y, sobre todo, cuáles fueron los motivos que les llevaron a crear –y atacar simultáneamente– la «Edad Media».

Esa es precisamente la finalidad de la investigación propuesta⁶, y por tanto del presente artículo, cuyo objetivo es doble: en primer lugar, explicar la temática y la metodología adecuada de cara a una investigación de estas características, y en segundo lugar, mostrar mediante un ejemplo cómo se podría hacer este tipo de estudio. En concreto, se ha elegido la figura de Francesco Petrarca, cuya labor ideológica y propagandística le sitúan como el principal artífice de la idea historiográfica de la «Edad Media», así como de sus consiguientes connotaciones despectivas.

⁴ RODRÍGUEZ DE LA PEÑA, M. A., *Los reyes sabios*, Actas, Madrid, 2008, p. 7.

⁵ Algunos de los principales estudios reivindicadores de la Edad Media son los siguientes: LE GOFF, J., *La civilización del Occidente medieval* (Paidós, Barcelona, 1999), *Una larga Edad Media* (Paidós, Barcelona, 2008); PERNOUD, R., *Para acabar con la Edad Media* (Medievalia, Barcelona, 3ª ed., 2003) y SERGI, G., *Ibíd.*

⁶ Dicha investigación que se realizará en la Tesis Doctoral, aunque las complejidades inherentes al campo estudiado, así como el gran interés que suscita, nos permiten afirmar que el estudio de esta cuestión se prolongará en el tiempo más allá de la realización de dicho trabajo doctoral.

1.2. Metodología

1.2.1. *El punto de partida: los estudios existentes*

Como en toda investigación académica que se precie, el comienzo lógico y obligado pasa por partir de los trabajos que se hayan realizado hasta ese momento en el campo de estudio en cuestión. Centrándonos en el tema que nos atañe, el de la creación del término y del concepto de la Edad Media, hay que señalar que, por extraño que parezca, se trata de un asunto que ha merecido un muy reducido interés por parte de los estudiosos.

De este modo, nos encontramos con que los trabajos que han abordado este tema son muy escasos y datan en su mayor parte de mediados del siglo XX –lo cual, por otro lado, no les resta un ápice de validez, ya que se trata de estudios muy interesantes e imprescindibles para adentrarse en esta cuestión–. En ese sentido, son prototípicos los trabajos de Gordon, Mommsen y Ferguson, aunque dichos autores tienden a ceñirse a realizar una presentación de la temática abordada, más que una investigación profunda y prolongada en el tiempo de la misma⁷.

Por si ello fuera poco, el investigador castellanoparlante que quiera adentrarse en este campo de estudio se encuentra con una dificultad añadida: apenas si existen trabajos realizados en lengua castellana sobre la creación de la noción de Edad Media. Y, aparte de las ocasionales traducciones de obras foráneas, en el panorama hispánico, los escasos estudios que hay no son exhaustivos, sino que se limitan a resumir la cuestión, recogiendo las investigaciones de otros autores extranjeros⁸. Se trata, por tanto, de

⁷ Las tres monografías más exhaustivas son la de Marcel Beck (BECK, M., *Finsteres oder romantisches Mittelalter*, Artemis, Zürich, 1950), Lucien Varga (VARGA, L., *Das Schlagwort vom «finsteren Mittelalter»*, Scientia, Baden, 1978) y la más reciente de Jacques Heers (HEERS, J., *La invención de la Edad Media*, Critica, Madrid, 2000). Con respecto a los artículos, destacan los ya tradicionales de Lehmann (LEHMANN, P., «Vom Mittelalter und von der lateinischen Literatur des Mittelalters», *Quellen und Untersuchungen zur lateinischen Philologie des Mittelalters*, 1914, vol. 5, pp. 1-25), Gordon (GORDON, G., «Medium aevum and the Middle Ages», *S. P. E.* Tract. N° XIX, Oxford, Oxford University Press, 1925) y Mommsen (MOMMSEN, T. E., «Petrarch's conception of the dark ages», *Speculum*, vol. XVII, 1942, pp. 426-42). También son importantes los estudios de Huizinga (HUIZINGA, J., *Das Problem der Renaissance*, Verlag Klaus Wagenbach, Berlin, 1991, 1ª ed. de 1930) y Ferguson (FERGUSON, W. K., *The Renaissance in historical thought*, Toronto University Press, Toronto, 1948).

⁸ El libro colectivo coordinado por Benito Ruano (BENITO RUANO, E. (coord.), *Tópicos y realidades de la Edad Media*, 3 vols., Real Academia de la Historia, Madrid, 2007) contiene dos acercamientos a esta cuestión, llevados a cabo por Ladero Quesada (LADERO QUESADA, M. Á., «Tinieblas y realidades de la Edad Media», vol. I, pp. 49-90) y por Valdeón (VALDEÓN BARUQUE, J., «El concepto de Edad Media: del infierno a la gloria», vol. III, pp. 211-231). Igualmente recomendables son los apuntes llevados a cabo por el profesor Rodríguez de la Peña (RODRÍGUEZ DE LA PEÑA, M. A., «¿Media tempestas? Las raíces cristianas de Europa y

artículos –ni una sola monografía– muy útiles a la hora de acercarse a este campo de estudio, pero que de cara a la profundización en la materia obligan al investigador a recurrir necesariamente a los trabajos en otros idiomas, preferentemente en inglés y alemán.

El análisis detenido de estos trabajos existentes revela que los diferentes autores están de acuerdo en una serie de conclusiones que permiten al investigador partir de algunas bases ciertamente sólidas. En primer lugar, y como no podía ser de otra forma por razones cronológicas, es indudable que fueron los primeros autores del renacimiento italiano los que dieron forma al concepto de Edad Media: si bien es cierto que el término como tal no surge hasta finales del siglo XV⁹, ya a mediados del XIV encontramos referencias a la idea de que tras la decadencia del Imperio Romano, el esplendor de la cultura clásica habría sido sustituido por unos siglos de barbarie y desastres a todos los niveles. Como se verá posteriormente, parece claro que fue Francesco Petrarca (1304–1374) el primer autor en desarrollar estas tesis¹⁰.

Los expertos en la materia coinciden igualmente en señalar que, tras los renacentistas italianos, que proclamaron ufanos que la época de oscuridad había tocado a su fin gracias a las cotas artísticas y culturales por ellos alcanzados, la propaganda antimedieval habría traspasado las fronteras transalpinas para extenderse por toda Europa. Tras decenios de consolidación de estos supuestos, serían los reformistas alemanes del siglo XVI los que habrían recogido esa idea de una Edad Media tenebrosa e infame y la habrían utilizado para sus propias reivindicaciones.

En efecto, los autores luteranos presentaron el Medievo como un período oscurantista en el que la Iglesia Católica, su rival a todos los niveles, además de oprimir tiránicamente al pueblo, había pervertido el mensaje de Cristo, dando lugar a una Iglesia corrupta y necesitada de una profunda y radical renovación. Por tanto, a la acusación de suponer un milenio de abso-

la Leyenda Negra de la Edad Media», en RODRÍGUEZ DE LA PEÑA, M. A.; LÓPEZ ATANES, F. J. (eds.), *Traditio Catholica*, CEU Ediciones, Madrid, 2009, pp. 15-43).

⁹ Lehmann, Gordon y Ferguson, entre otros, han investigado cuándo surgieron dichos términos: el primer testimonio de la expresión «*media tempestas*» data de 1469, mientras que «*media aetas*» aparece por primera vez en 1518 y «*medium tempus*», trece años después. Habrá que esperar a 1604 para encontrar el término canónico «*medium aevum*», y a 1688 para que Christopher Keller utilizase el Medievo como un nombre que define un período histórico comprendido entre el reinado de Constantino y la caída de Bizancio, tal y como lo expresó en el título de su obra *Historia Medii Aevi a temporibus Constantini Magni ad Constantinopolim a Turcis captam deducta* (Cfr. LEHMANN, P., «Vom Mittelalter», pp. 3-11; FERGUSON, W. K., *The Renaissance*, p. 74 y GORDON, G., «*Medium aevum*», pp. 10-11).

¹⁰ El trabajo de Mommsen, citado más arriba, reviste especial interés para comprender el protagonismo de Petrarca en la creación y crítica de la Edad Media.

luta degradación de la cultura, a la Edad Media se le colgaba otro sambenito, igualmente en boga aún hoy día: el de constituir una época caracterizada por la opresión, el abuso y la corrupción de la fe cristiana por parte de la Iglesia.

Sin embargo, más allá de estas consideraciones generales, los estudios consultados no arrojan luz sobre los detalles de esta evolución. Se echa en falta un estudio sistemático en el que se analicen a fondo los autores del renacimiento italiano –sus obras, sus epistolarios, sus contactos con otros escritores y artistas de la época–, para poder establecer quiénes de entre ellos contribuyeron a la propaganda contra la Edad Media y por qué razones lo hicieron, así como para poder averiguar cómo se produjo la expansión de esta idea despectiva del Medievo a lo largo y ancho de la Europa de los siglos XV y XVI.

1.2.2. *Criterios novedosos de la presente investigación*

La naturaleza del asunto investigado ha sido la que ha determinado la metodología empleada. En este sentido, el hecho de que el objeto de estudio sea la creación de una teoría historiográfica y su desarrollo a lo largo del tiempo nos lleva a plantear la investigación desde un criterio eminentemente cronológico. Entendemos que esa metodología es la que más fácilmente permitirá averiguar cuándo surgió dicha concepción despectiva de la Edad Media y cómo fue evolucionando y propagándose hasta hoy día, así como cuáles fueron los diferentes motivos de dicha propaganda historiográfica en cada uno de los países y épocas.

Como se apuntó anteriormente, una vez analizados los escasos trabajos que hasta ahora han abordado este asunto, el siguiente paso de la investigación, y el más novedoso, consistirá en estudiar a fondo las obras de los literatos y tratadistas más importantes del renacimiento italiano en adelante. Ello se realizará partiendo de una serie de supuestos metodológicos que en nuestra opinión son los que mejor se adecuan a la naturaleza de la presente investigación.

En primer lugar, el estudio no se ceñirá a los autores y las obras más importantes desde la óptica actual, ya que a menudo dicha relevancia no coincide con la que tuvieron en su época de composición. La experiencia nos dice que a lo largo de la historia han sido numerosos los textos que han ido perdiendo o ganando importancia con el paso del tiempo, de modo que las que hoy día consideramos como obras canónicas y universalmente conocidas en realidad no tuvieron necesariamente por qué serlo en su momento.

Para evitar dicho anacronismo, que nos alejaría irremisiblemente de la posibilidad de conocer qué obras fueron las más conocidas y por tanto las más influyentes en su momento de composición, en esta investigación se seguirán siempre los criterios de relevancia según se dieron en las diferentes épocas. Para ello, se acudirá constantemente a estudios críticos acerca de los autores y su recepción, así como a aquellos que revelan el volumen de copias realizadas de las obras en cuestión, los catálogos de las bibliotecas, etc.

Asimismo, con vistas a conocer de primera mano y fielmente cómo se produjo la expansión y la evolución de la noción de «Edad Media», se estudiarán los epistolarios, los diarios y los registros de las bibliotecas privadas de los diferentes autores estudiados, para saber cuáles fueron las relaciones –personales o a través de la lectura– entre ellos y poder averiguar así posibles cauces de difusión de la propaganda «antimedieval».

En segundo lugar, pese a que el campo de estudio consista en la creación y evolución de un concepto historiográfico, la investigación no se limitará al estudio de las obras de carácter histórico –crónicas, anales, memorias...–, sino que se ampliará a las obras literarias, los tratados artísticos, los ensayos filosóficos y teológicos, etc. El ejemplo prototípico de Petrarca y el resto de artistas del renacimiento italiano demuestra que en el caso del concepto de «Edad Media», como en muchos otros parecidos, una noción historiográfica no tiene por qué tener su origen en profesionales del estudio de la Historia, sino que sus verdaderos artífices bien pueden ser artistas, filósofos o literatos. Por ello, se intentará analizar todos aquellos textos en los que se recoja la noción despectiva de los siglos medievales, pertenezcan a la disciplina a la que pertenezcan.

No obstante, esta decisión, además de suponer un notable incremento del campo de estudio, exige a su vez el despliegue de una serie de técnicas y herramientas metodológicas que se alejan de las comúnmente utilizadas en la disciplina historiográfica. Dado que en su mayor parte se estudiarán las obras literarias de los autores renacentistas y humanistas, siempre que sea posible se consultarán los estudios filológicos acerca de los autores y las obras en cuestión.

Poniendo de nuevo como ejemplo el caso de Petrarca, la investigación no se ceñirá a la lectura de sus obras y epístolas, sino que tendrá como elemento fundamental la consulta de aquellos trabajos que puedan arrojar más luz sobre su biografía y pensamiento, y principalmente de aquellos que permitan comprender mejor cuándo, cómo y con qué finalidad realizó el poeta de Arezzo sus diferentes obras, así como su influencia en autores contemporáneos y posteriores.

El acercamiento a este tipo de estudios dará a buen seguro nuevas pistas acerca de la temática que más interesa en esta investigación: el tratamiento de Petrarca de la idea de «Edad Media» y su difusión a lo largo y ancho de todo el fenómeno renacentista europeo.

1.3. Límites cronológicos y espaciales de la investigación

Esta última referencia al contexto continental introduce la mayor novedad temática de la presente investigación. Como se explicó en el punto anterior, los escasos autores que se han acercado a este campo de estudio coinciden en señalar que el renacimiento italiano fue la cuna de la noción historiográfica de la «Edad Media». Sin embargo, del contexto italiano la gran mayoría de estos estudiosos pasan directamente a hablar del desarrollo del concepto «medieval» durante la Reforma luterana, cuando no durante la Ilustración.

En nuestra opinión, este salto cronológico y espacial es demasiado abrupto, y responde más a la voluntad de analizar sólo los principales focos de la propaganda «antimedieval» que al hecho de que ésta se produjera única y exclusivamente en el renacimiento italiano y posteriormente en la Reforma protestante. Por ello, en este estudio se parte de la hipótesis de que hubo unos nexos de unión –tanto cronológicos como espaciales– entre las ideas desarrolladas en la Italia de los siglos XIV y XV y las recogidas en la Europa central y septentrional de los siglos XVI y XVII.

Los primeros estadios de la investigación han arrojado una serie de indicios que señalan la participación en este proceso de los autores del llamado humanismo europeo, es decir, aquellos literatos, artistas, filósofos y teólogos que a lo largo y ancho del continente europeo recogieron las ideas de los renacentistas italianos, creando con ello un bagaje cultural e ideológico que presumiblemente sería a su vez aprehendido y aprovechado por los reformistas alemanes.

En concreto, revela un especial interés el estudio del llamado «humanismo español»: se sabe que los autores hispánicos de los siglos XV y XVI admiraron las creaciones literarias y artísticas de la Italia renacentista, y trataron de imitarlas en sus diferentes ámbitos culturales¹¹. Ello induce a pensar que, junto a sus testimonios artísticos, los humanistas españoles recibieron e interiorizaron también sus ideas culturales e historiográficas, y que entre ellas bien podría estar la de esa Edad Media oscura e ignorante que habría tocado a su fin gracias a las luces del renacimiento italiano.

¹¹ El conocido como «petrarquismo» –la imitación de los metros, el estilo y los temas de Petrarca por parte de los poetas españoles del siglo XVI– es un claro ejemplo de ello.

De lo anteriormente explicado se deduce que los límites temporales de tal investigación deberían ser el siglo XIV, como inicio de la investigación – Petrarca, gran creador de la noción de «Edad Media», vivió entre los años 1304 y 1374–, y el XVI, como fin de la misma, concretamente la Reforma luterana y sus principales autores e ideólogos. No obstante, dichos límites cronológicos no son óbice para que se lleve a cabo un análisis preliminar de algunos de los conceptos y las teorías medievales que en el campo de la filosofía, la teología, la literatura y la historiografía pudieron sentar un precedente de la noción de «Medievo» o de los atributos que los autores renacentistas le fueron atribuyendo a dicho milenio.

En cuanto al criterio geográfico, la investigación ha de abarcar toda la realidad europea. Ello se debe a que, tal y como se ha apuntado, el desarrollo del concepto de «Edad Media» no conoció fronteras y se propagó por toda Europa, pasando de una nación a otra y estando en boga en muchas de ellas simultáneamente. Por tanto, si dicha evolución careció de limitaciones geográficas, ¿qué sentido tendría, más allá de la comodidad del investigador, que éste acotase y con ello amputase artificialmente dicho desarrollo?

Pese a que todas las elecciones metodológicas hacen que la investigación propuesta sea sin duda extensa y compleja –bibliografía casi exclusivamente foránea, interdisciplinariedad, tres siglos de duración, toda Europa como campo de estudio...–, nos parece que se trata en todos los casos de decisiones necesarias, y de las que se espera no sólo que no resten rigor a la investigación, sino que se lo proporcionen en un mayor grado.

Y es que estamos convencidos de que, en el ámbito de la historia de las ideas, la elección de un campo de estudio amplio y complejo no redundará ni mucho menos en una menor calidad de la investigación. Es más, creemos que, siempre y cuando cumplan con el rigor exigible a todo estudio, debe reivindicarse la realización de este tipo de trabajos, tan olvidados en los últimos tiempos, ya que las ideas que se extienden y desarrollan a lo largo del tiempo y el espacio son las que verdaderamente marcan el curso de la historia.

2. PETRARCA Y EL OSCURECIMIENTO DEL TIEMPO POSTERIOR A ROMA

2.1. Precedentes

2.1.1. *Términos bíblicos*

Como sucede con todos los conceptos, pertenezcan al campo al que pertenezcan, la noción de «Edad Media» no fue inventada de la nada por parte de los renacentistas italianos, sino que éstos se hicieron eco de una

serie de precedentes en forma de términos e ideas historiográficas que hunden sus raíces en la misma *Biblia*. Este es el caso de la descripción de una época como «oscura» o «tenebrosa», calificativos que como veremos a continuación habrían de utilizar los humanistas para criticar la Edad Media, pero que se encuentran ya en el Nuevo Testamento, en este caso para definir a la era en la que imperaba el paganismo.

Según esta concepción, dicha época habría sido sustituida por una nueva inaugurada con la venida de Cristo, quien irradió luz a los corazones de los hombres. Ese es el sentido que tiene el siguiente versículo del Evangelio de San Lucas: «Por la entrañable misericordia de vuestro Dios, nos visitará el sol que nace de lo alto, para iluminar a los que viven en tinieblas»¹². Posteriormente, San Pablo reforzaría esa idea al dirigirse a la comunidad cristiana de Éfeso con las siguientes palabras: «Antes, sí, erais tinieblas, pero ahora, como cristianos, sois luz»¹³.

2.1.2. *Conceptos teológicos e historiográficos medievales*

En esa misma línea cabe destacar una noción apuntada por san Agustín, y que sería desarrollada a lo largo de todo el Medievo, hasta convertirse en una concepción teológica e historiográfica básica dentro del pensamiento de esta época. Dicha tesis agustiniana se situaría a dos niveles: en el primero de ellos, el meramente humano, consiste en la idea de que la existencia en esta tierra tiene un sentido eminentemente de espera: se trata de un tiempo previo a la verdadera vida, de la que disfrutarán los hombres una vez se haya agotado su peregrinar por este mundo. La existencia terrenal, pues, no sería más que un paso *intermedio* hacia la vida futura.

En el segundo nivel, el teológico-historiográfico, esta idea alcanza cotas más generales, y que atañen al sentido de la historia: para san Agustín, así como para la mayoría de pensadores medievales, la historia se dividía en seis edades, que abarcan desde la Creación hasta el fin de este mundo¹⁴.

¹² *Lc I*, 78-79.

¹³ *Ef 5*, 7-8.

¹⁴ Dichas edades son las siguientes: de la Creación al Diluvio Universal; del Diluvio a Abraham; de Abraham a David; de David al cautiverio de Babilonia; del cautiverio al nacimiento de Cristo; y del nacimiento de Cristo al fin de los tiempos. San Agustín las cita en numerosos pasajes, como en *De catechizandis rudibus* (XII, 39), *De diversis questionibus* (LVIII) y *De civitate dei* (XXII, 30). No obstante, no se trató del único sistema de periodización, pues hubo otros como el de las tres eras (*ante legem*, *sub lege* y *sub gratia*, cuya tercera y última edad coincidía con la sexta del esquema anterior) y las diversas manifestaciones del sistema de las tres edades (del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo). Acerca del apasionante tema de la división de la historia en edades durante el Medievo –sobre el que hemos realizado un estudio, «*Aetates mundi sunt...*: Una aproximación a la periodización de la historia en la Edad Media (ss. IV-XIII)», actualmente en prensa–, son especialmente recomendables las obras de Heussi (HEUSSI, K., *Altertum, Mittelalter und Neuzeit. Ein Beitrag zum Problem*

Tras la encarnación y la muerte y resurrección del Hijo de Dios, habría dado comienzo la sexta y última edad, al final de la cual se produciría la segunda venida de Cristo y, posteriormente, el fin de los tiempos.

Por tanto, esta última era de la historia tiene el carácter de una edad intermedia entre la primera venida de Cristo, ya producida, y la segunda —la esperada *Parousía*—, que precedería al fin del mundo. A dicha naturaleza mediadora es a la que hace referencia san Agustín cuando, en su *De civitate dei*, utiliza la expresión «*in hoc interim saeculo*», término que para Gordon constituye un importante precedente de la posterior noción de «Edad Media»¹⁵.

Esta idea de que la edad que estaban viviendo no era más que un mero paso intermedio previo a la verdadera vida celestial fue expresada por los autores medievales en numerosos textos, e impregnó la mentalidad teológica e historiográfica de todo un milenio. Un ejemplo de ello son los términos «*medium annorum*» y «*medio tempore*», hallados en versiones de la *Vulgata* del siglo XIII¹⁶.

Con esta infravaloración hacia su propio tiempo, los pensadores medievales contribuyeron sin quererlo a la posterior denigración de la Edad Media por parte de los renacentistas italianos, para quienes, nos imaginamos, no debió de resultar muy difícil malinterpretar los conceptos de «última edad» y «edad intermedia» manejados por los medievales y convertirlos en un argumento en su contra¹⁷. De este modo, bien puede decirse con el ilustre medievalista Jacques Le Goff que «la Edad Media sienta, ella misma, las bases de su depreciación»¹⁸.

der historischen Periodisierung, Mohr, Tübingen, 1921) y Bodmann (BODMANN, G., *Jahreszahlen und Weltalter. Zur Grundlegung von Zeit-und Raumvorstellungen in der mittelalterlichen Chronistik*, Campus, Frankfurt am Main – New York, 1992). Para conocer más a fondo la doctrina de las seis edades dentro del pensamiento de san Agustín contamos con dos estudios interesantes: el de Ferrater Mora (FERRATER MORA, J., «San Agustín o la visión Cristiana», en *Cuatro visiones de la historia universal*, Alianza, Madrid, 2006 (1ª ed., 1982), pp. 35-61) y el de Markus (MARKUS, R. A., *Saeculum: history and society in the theology of Augustine*, Cambridge University Press, Cambridge, 1970).

¹⁵ SAN AGUSTÍN, *De civitate dei*, XI, 1. Cf. GORDON, G., «Medium aevum», p. 6.

¹⁶ *Ibíd.*, p. 7.

¹⁷ Un ejemplo interesante de cómo los humanistas italianos recogieron estas nociones historiográficas lo hallamos en una carta de Petrarca, en cuyo encabezamiento el poeta escribió así la data: «*Apud Mediolanum Insubrium, Kalendis Sextilibus anno etatis ultime MCCCLII*» (PETRARCA, F., *Epistolae familiares XXIV*, 9; ed. bilingüe latín-alemán: *Epistolae Familiares XXIV. Vertrauliche Briefe. XXIV*, Dietrich'sche Verlagsbuchhandlung, Mainz, 1999, p. 128).

¹⁸ LE GOFF, J., *En busca de la Edad Media*, Paidós, Barcelona, 2003, pp. 44-45 (ed. original: *À la recherche du Moyen Âge*, 2003).

2.2. Petrarca o el pesimismo contemporáneo

La relevancia de la que ha gozado la figura de Francesco Petrarca (1304 – 1374) a lo largo de los siglos hace innecesaria su presentación. No obstante, algo que sí es conveniente poner de relieve es que este poeta nacido en Arezzo, y conocido principalmente por su *Canzoniere* y por haberse convertido en la primera gran figura literaria del renacimiento italiano, vivió una época sumamente compleja desde todos los puntos de vista.

La convivencia con dichas dificultades, que resumiremos a continuación, provocó que las palabras de Petrarca estuvieran siempre rodeadas de un halo de pesimismo, tanto en lo que se refería a su ámbito personal como, sobre todo, al campo cultural y artístico. El máximo testimonio de esta negatividad con respecto a la era en la que le tocó vivir lo encontramos en su testamento literario, la epístola *Alla posterità*: «Si el amor a los míos no me lo impidiera, siempre hubiera deseado nacer en cualquier otra época, y olvidar esta»¹⁹.

Desde el punto de vista político, la situación de la península transalpina durante el siglo XIV distaba mucho de ser la idónea, pues tras la caída de Roma y las numerosas convulsiones experimentadas durante siglos, se había convertido en un territorio fragmentado en múltiples repúblicas, a menudo en guerra entre sí, y muchas de las cuales estaban controladas enteramente por poderes extranjeros, principalmente por el imperio germano.

A dicha inestabilidad en lo político se le sumó la terrible experiencia de la Peste Negra, que devastó buena parte de Italia y que en el caso de Petrarca pudo haber tenido efectos más funestos si cabe, ya que se piensa que dicha epidemia segó la vida de su amada Laura, a quien dedicó los más sentidos poemas del *Canzoniere*²⁰.

Igualmente nefasta era, en opinión de Petrarca, la situación en que se encontraban la religión y la moralidad a mediados del siglo XIV. El poeta, que recibió las órdenes eclesiásticas menores, vivió durante varios años en Aviñón, donde se encontraba por aquel entonces la sede pontificia. Durante esta estancia, la impresión que el Papado francés causó en Petrarca no fue precisamente positiva: lo describió como la nueva «impía Babilonia»²¹. Y, con

¹⁹ Edición utilizada: PETRARCA, F., *Dichtungen. Briefe. Schriften*, Frankfurt am Main, Insel Verlag, 1980, p. 30.

²⁰ MANN, N., «Introducción» en PETRARCA, F., *Cancionero*, vol. II, Cátedra, Madrid, 1989, p. 913.

²¹ PETRARCA, F., *Canzoniere*, rima XCIV. Ed. utilizada: *Cancionero*, Madrid, Novelas y Cuentos, 1968, pp. 97-98.

el fino humor que le caracterizaba, acusó al clero aviñonense de brindar servicios «más que a Palas y a Jove, a Amor y a Baco»²².

No obstante, el principal motivo de pesimismo que encontró Petrarca consistió en la comparación de la Italia de su tiempo con la Roma clásica, que, a diferencia de su propia época, habría alcanzado en su opinión las más elevadas cotas en todos los ámbitos. La desbordante admiración que sentía el poeta de Arezzo por dicha cultura no era novedosa, sino que ya décadas antes ha-bía sido expresada por el genial Dante con estas palabras:

«Puesto que nunca hubo ni habrá una naturaleza más dulce en el ejercicio del señorío, más firme en su sostenimiento ni más sutil en lograrlo que la naturaleza del pueblo latino (como puede verse por la experiencia) y especialmente en ese bendito pueblo en el cual fue infundida la noble sangre troyana, Dios escogió a este pueblo para tal misión (...) Las piedras de sus murallas son dignas de reverencia y el suelo en donde ella se asienta vale más de lo que los hombres puedan proclamar y comprobar»²³.

Sin embargo, Petrarca dio un paso más: no se quedó, como hizo el autor de la *Divina Commedia*, en la mera alabanza de Roma, sino que basándose en ella la utilizó como argumento para criticar la época en la que le había tocado vivir. Concretamente, si hubo un ámbito en el que el laureado poeta se manifestara especialmente pesimista en comparación a la Roma clásica, ése fue el del cultivo de las artes y las letras en la Italia de su tiempo.

Según esta idea, tras la decadencia de Roma, la creación artística y literaria habría caído en un profundo y continuado declive, del que todavía, en pleno siglo XIV, no había podido recuperarse. No en vano, en una de sus cartas, Petrarca expresa su deseo de que las Musas sean «revocadas del exilio»²⁴, y en otra se lamenta amargamente ante Cicerón de esta circunstancia: «Créeme, Cicerón: si escuchases en qué estado se encuentran nuestros asuntos, prorrumpirías en lágrimas y llantos»²⁵.

Esta convicción de que la decadencia del Imperio Romano de Occidente había supuesto la degradación de las artes y las letras, y de que éstas por tanto necesitaban ser restablecidas, sería uno de los motores ideológicos del renacimiento italiano. De hecho, los autores de los siglos XV y XVI acabarían, de hecho, contemplándose a sí mismos como los llamados a restituir a

²² *Ibíd.*, rima XCCCVII, ed. cit., p. 119.

²³ DANTE, *Il Convivio*, Tratado IV, Capítulos IV-V.

²⁴ «*Ab exilio revocatis*». PETRARCA, F., *Epistolae variae*, 48. Cfr. Varga, L., *Das Schlagwort*, p. 42.

²⁵ «*Credi enim michi, Cicero, si quo in statu res nostre sint audieris, excident tibi lacrimae, quamlibet vel celi vel erebi partem tenes*». PETRARCA, F., *Epistolae Familiares* XXIV, 4 (ed. cit., p. 68).

las Musas al lugar que les correspondía, y del que supuestamente llevaban siglos apartadas.

2.3. La fractura de la historia

Como vemos, por tanto, desde el punto de vista cultural Petrarca todavía se sentía partícipe de esa en su opinión nefasta época, que habría comenzado con la decadencia de Roma, que él materializó y situó concretamente en el momento de la conversión de Constantino al cristianismo, es decir, en la primera mitad del siglo IV²⁶. Desde dicha fecha, sólo habría transcurrido una época en la historia de la humanidad, una edad, la edad cultural que se habría prolongado durante prácticamente mil años, alcanzando y marcando igualmente la era del propio Petrarca.

De este modo, el poeta aretino expresó en sus escritos dicha bipolaridad histórica entre una edad pretérita llena de luces y otra inmediatamente posterior, que llegaría hasta el presente y que estaría caracterizada por la oscuridad. Es el caso de una de las cartas que componen su epistolario *De rerum senilium libri*, dirigida a su amigo el fraile dominico Giovanni Colonna, con quien en el pasado solía pasear por la ciudad eterna departiendo sobre la historia y sus acontecimientos:

«Nuestra conversación a menudo volvía a la historia, que habíamos dividido aparentemente de tal manera que parecíamos expertos: tú en la historia antigua [*antiquis*] y yo en la historia moderna [*novis*]; y antiguos eran denominados aquellos sucesos que habían tenido lugar antes de que el nombre de Cristo fuera celebrado en Roma y adorado por los emperadores romanos; modernos, en cambio, los sucesos desde ese tiempo al presente»²⁷.

Sin embargo, Petrarca no se ciñó a hacer referencia a las dos etapas culturales –que para él daban forma de manera natural y automática a dos edades históricas– acontecidas en el pasado y en el presente, sino que su reflexión alcanzó también al futuro. La desgraciada situación en la que en su opinión se encontraban el arte y la literatura de su tiempo le llevó a desear fervientemente la aparición de una nueva edad en la que dichas disciplinas culturales habrían de alcanzar de nuevo cotas memorables. Así lo expresó en sus *Epistolae metricae*: «Hubo una edad más afortunada y

²⁶ Este tipo de opiniones, contradictorias en alguien que ostentaba las órdenes menores, son las que han llevado a algunos autores como Neumann a defender que Petrarca, al igual que otros muchos literatos y artistas de la época, decidió recibir dichas órdenes no tanto por un deseo ferviente de dedicarse a la labor pastoral como sí con el objetivo de poder disponer de más tiempo y mayor libertad para cultivar la poesía (Neumann, F., «Nachwort» en PETRARCA, F., *Epistolae familiares XXIV*, ed. cit., p. 305).

²⁷ PETRARCA, F., *Epistolae familiares*, VI, 2 (ed. utilizada: PETRARCA, F., *Letters on familiar matters. I-VIII*, Italica Press, New York, 2005, p. 294).

probablemente volverá a haber otra de nuevo; en el medio, en nuestro tiempo, ves la confluencia de las desdichas y de la ignominia»²⁸.

Lo más relevante de este paso es que según esta nueva concepción, ya no son dos las edades históricas en las que se divide el acontecer humano, sino tres, de las cuales las dos primeras son etapas estrictamente históricas —pues ya han sucedido—, mientras que la última de ellas es metahistórica —ya que pertenece al terreno de lo que aún no ha ocurrido pero está por acontecer—.

Nos encontramos, así, con una triple división epocal, en la que cada una de las tres eras tiene características diferentes: la primera de ellas, correspondiente al clasicismo, se habría caracterizado, según Petrarca, por el auge de las letras y las artes; la segunda, que abarcaba su propio tiempo, seguía sumida en la decadencia cultural que se había iniciado a finales del siglo IV; por último, la tercera y futura edad habría de suponer una recuperación, un «renacimiento» artístico y literario de los modelos latinos imperantes en la primera época.

Así pues, entre los logros alcanzados en la primera y la tercera de las edades, en medio de ellas —*in medium*, en palabras de Petrarca—, se hallaría una larga época de deterioro cultural, que desde una perspectiva global no supondría más que un prolongado paso intermedio cuyo único sentido histórico consistiría en separar las dos épocas verdaderamente válidas desde el punto de vista del desarrollo intelectual y artístico.

Dicha era intermedia —la expresión «edad media» cobra aquí su verdadero sentido— sería, pues, el vértice inferior de ese desarrollo universal en forma de «v» que durante siglos habría de marcar la concepción de la historia cultural y, en última instancia, humana. Dicha sucesión, acompañada de su esperanza de que llegase pronto la tan anhelada tercera edad, fue expresada por Petrarca en su extenso poema titulado *Africa* con estas emotivas palabras:

«Mi destino es vivir en medio de variadas y confusas tormentas. A ti, en cambio, si —como espera y desea mi alma— me sobrevives muchos años, te aguardan quizá tiempos mejores; este sopor de olvido no ha de durar eter-

²⁸ «Vivo, sed indignans quod nos in tristia fatum / secula dilatos peioribus intulit annis. / Aut prius aut multo decuit post tempore nasci; / nam fuit, et fortassis erit, felicius evum. / In medium sordes, in nostrum turpia tempus / confluxisse vides, gravium sentina malorum / nos habet». PETRARCA, F., «Ad Franciscum priorem sanctorum apostolorum de Florentia», en *Epistolae metricae*, III, 33. (ed. cit.: compilación de las obras latinas de Petrarca, disponible en <http://petrarca.scarian.net/index.html> [consultado el 20/02/2012]). Traducción basada en MOMMSEN, T. E., «Petrarch's conception», p. 240.

namente. Disipadas las tinieblas, nuestros nietos podrán caminar de nuevo en el puro resplandor del pasado»²⁹.

Había nacido la tenebrosa Edad Media. Con ello, se había producido una profunda y radical ruptura histórica, en los dos sentidos del adjetivo «histórico»: por un lado, se trataba de una fractura de la historia, ya que dividía el discurrir cultural del hombre en tres épocas de características y valoración bien definidas; por el otro, constituyó una creación ideológica de gran relevancia, no en vano, pese a su inexistente adecuación a la realidad, la vigencia de esta concepción ideológica habría de prolongarse durante siglos, hasta alcanzar los tiempos actuales. Solo resta confiar en que no los rebase, y ello sólo podrá conseguirse, desde nuestro punto de vista, mediante una rigurosa investigación acerca de cómo, cuándo y, ante todo, por qué motivos y con qué finalidad se creó la Edad Media.

²⁹ «*Michi degere uitam / impositum uaria rerum turbante procella./ At tibi fortassis, si —quod mens sperat et optat— / es post me uictura diu, meliora supersunt / secula: non omnes ueniet Letheus in annos / iste sopor! Poterunt discussis forte tenebris / ad purum priscumque iubar remeare nepotes*». PETRARCA, F., *Africa*, XI, 451-457 (ed. bilingüe latín-alemán de B. Huss y G. Regn, Dieterisch'sche Verlagsbuchhandlung, Maguncia, 2007, pp. 674-676).